

¿Borrar a Maquiavelo?

Alirio Pérez Lo Presti
perezlopresti@latinmail.com

Universidad de Los Andes
Mérida-Venezuela



Recibido: 08-05-2008 • Aceptado: 27-06-2008

Resumen

Nicolás Maquiavelo (1469-1527) describió la política con la claridad que ningún otro pensador se había atrevido. La vigencia de su pensamiento en el marco de la contemporaneidad le da cada vez mayor solidez a las ideas que expuso, debido a la justa dimensión en la cual ubica el hecho político.

Palabras clave: Política, utopía, juego político, contemporaneidad

To fade Machiavelli?

Nicolás Maquiavelo (1469-1527) describes politics with a such great clarity as neither thinker had attempted to do it before. Validity of his thinking in the contemporary framework is becoming stronger and stronger his fundamental ideas because of the just dimension in which he situates the politic fact.

Key words: Politic, utopia, politic game, contemporary

Abstract

Introducción

¿Qué otra cosa hizo Maquiavelo sino mostrarnos la realidad descarnada de lo que el fenómeno político ha significado a lo largo de la historia?

En ningún momento transformó la política. Sólo nos hizo entender sus auténticas características. No podemos achacarle, como han intentado algunos, el haber corrompido o desnaturalizado el juego político. Maquiavelo habla sin tapujos de lo que muchos no se atreven a ver.

La verdadera fuerza del conquistador radica en su poder de corrupción. Tamaña observación no puede dejar de lastimar nuestros oídos. De esa magnitud es la obra del florentino. Escrupuloso cirujano que disecciona las características históricas que condujeron la realidad de su tiempo; perfectamente extrapolables a tiempos anteriores y posteriores a la vida de este canciller; a quien le debemos el haber sido uno de los primeros pensadores que planteó una concepción autónoma de la ciencia política, respondiendo fundamentalmente a una noción democrática y republicana de la sociedad. La investidura autoritaria que aconsejaba al “príncipe”, o jefe, era en definitiva, un medio para acabar con la nobleza y su dominio feudal sobre el país.

Borrar a Maquiavelo

Nicolás Maquiavelo ha sido considerado por muchos como una especie de sustituto terrestre

de Satanás, en aras de construir una versión degenerada de la obra del florentino. “Son tan dignos de elogio los fundadores de una República como de censura y vituperio los de una tiranía”. Frente a lo expuesto por el italiano, nuestra percepción debería ser lo suficientemente selectiva para comportarnos como acompañantes de una gigantesca farsa, cuyo final es sabotado por el niño que grita con admiración: ¡El Rey está desnudo! Maquiavelo insiste en mostrarnos el fenómeno político como es.

¿Por qué considerarlo cómplice de una abyección que jamás intentó?

¿Qué posición asumir?

Si algo ha caracterizado al hombre a través de toda la historia, pareciera ser su apego desmedido a la posibilidad de concretar una utopía. Pertenece a su naturaleza; es más fuerte que cualquier razón que se le anteponga, y tal vez constituya el único reducto de esperanza del cual nos podemos asir. ¿Pero percibir la utopía como posible no es acaso una posición ingenua? Largos siglos de fracasos recurrentes deberían haberle enseñado al hombre cuál es la posibilidad real de que las utopías puedan ser concretadas.

Imaginemos una civilización en la cual el hombre acepte sus límites y trate de vivir en el más mediano de los equilibrios posibles. ¿No sería esta actitud una inevitable manera de resignarnos a la



fatalidad de la historia?, la cual, por cierto, nos afecta profundamente a todos.

Al referimos a Maquiavelo : *“Es triste cuando se leen muchos artículos, tener la sensación de que lo importante para quien los escribe no es el que se conozca “su” pensamiento sino que se sepa que sabe repetir muy bien lo que “otro” autor dice, o como se dice vulgarmente, que los lectores sepan que el autor es muy leído. Es necesario conocer lo que otros dicen, porque la cultura es eso, pero un buen artículo no puede limitarse a repetir , a parafrasear una y otra vez lo que esos “otros” han dicho”*. (Jáuregui, 2001) La satanización que inadecuadamente se ha hecho de un pensador de la talla de Maquiavelo, refleja ausencia de conciencia crítica, así como propensión a repetir juicios de terceros sin sopesar lo que es cuestionado. Maquiavelo es un anatomista de la política. De ese tamaño es su justa dimensión. La trajinada postura de cuestionarlo porque otros lo hacen, denota desconocimiento de los planteamientos de un hombre que no sólo entendió la política, sino que la ejerció en el terreno de la praxis. Criticar a Maquiavelo raya en el exabrupto; consecuencia de una negación de múltiples pensadores, que no aceptan la realidad de la dinámica política.

Pobre animal el humano, cuyo sino parece una infinita búsqueda, en aras de tratar de escapar del gigantesco laberinto de incertidumbres que nos muestra la vida cotidiana . ¡Aceptar! Esa condición de navegante eterno de las rutas por las que otros se han extraviado, sondeando vías seguras; contando con la infatigabilidad del que no se resigna a las circunstancias que lo rodean. ¿Pero por qué no resignarnos a las circunstancias que nos rodean? Por una razón tan pueril como contundente: Porque no son condiciones que nosotros hayamos elegido. De esa magnitud nos parece lo deleznable de este argumento.

Política

Karl Von Clausewitz participó del apogeo de Napoleón y del ocaso de Prusia. Ambos hechos circunstanciales, junto al más anti-circunstancial de los acontecimientos , el idealismo kantiano, modelaron

su pensamiento. Dejó una obra descomunal titulada “De la Guerra”.

Clausewitz definía la guerra “como la continuación de la política por otros medios”. Esta visión asume características aún más dramáticas si entendemos como política la forma de canalizar la vida colectiva y cotidiana de los pueblos. Pero esta declaración va seguida en su obra de la siguiente máxima: “Introducir en la filosofía de la guerra el principio de moderación es un absurdo. La guerra es un acto de violencia llevado a sus extremas posibilidades”.

La ausencia de moralidad ha caracterizado a la política desde tiempos inmemoriales. La similitud que establece Clausewitz entre guerra y política, lejos de parecernos un exabrupto, nos parece una manera de ubicar el fenómeno político en su real extensión.

Política (vida colectiva) y guerra (vida colectiva) – al parecer de Clausewitz – constituyen extremos de lo mismo.

El juego político alcanza niveles difíciles de asir. Desde megaproyectos para la conducción de los pueblos a futuros promisorios, hasta el vulgar clientelismo que se nutre de la mentira y la hipocresía. Un candidato a la presidencia besa y abraza a niños y ancianos en un afán de ser atrapado por los lentes de las cámaras de televisión. Es la cultura del gesto y la teatralidad, llevada a sus últimas consecuencias. Si no participa del juego de la gestualidad y las luces, el acceso al poder se encontrará muy cuesta arriba. En la historia de la conducción de los pueblos son frecuentes los histriones y escasos los estadistas.

El político vive de la imagen. La gente queda atrapada por la imagen y su capacidad de conducir masas depende de la imagen. Recordemos que la imagen es una especie de “falso yo”. Política es terreno donde en muchas ocasiones las ideas son relegadas a un segundo plano.

Para un latinoamericano acostumbrado al culto a las personalidades de los gobernantes, resulta difícil percibir la política de otra manera, sin embargo entendemos que la política tiene siempre un carácter inexorable porque es la vía para que se produzcan los cambios sociales. Política es en definitiva “praxis”. La vía a través de la cual se concretan las ideas.

Viabilidad de la política

Mientras el lente de la cámara capta una vez más el beso que el candidato a la reelección deposita en la mejilla de la anciana, se pavimenta una nueva avenida y se estrenan nuevos camiones para el servicio de aseo urbano. Pues mucho puede el político repartir besos a diestra y siniestra; pero existe un conglomerado que espera solución a los problemas de cada día. El “mejor” político vendría a ser una mezcla entre aquél que mayores beneficios colectivos otorgue a su pueblo y aquél que mayor proselitismo clientelar logre sembrar en la estructura que dirige. Condición en donde las posturas morales suelen dar improvisados giros acrobáticos.

“A diferencia del botánico, que no se pone otro problema más que el de la descripción y no manifiesta alguna preferencia, entre una y otra especie descrita, el escritor político no se limita a describir; generalmente se plantea otro problema, que es el de indicar, de acuerdo con un criterio de selección que naturalmente puede cambiar de autor a autor, cuál de las formas de gobierno es buena, cuál mala, cuál mejor y cuál peor, y eventualmente cuál es la óptima y cuál la más incorrecta. En otras palabras, no se limita a describir, o sea a manifestar un juicio de hecho, sino que sin darse cuenta asume también otra función, la de expresar uno o más juicios de valor, la de orientar las preferencias ajenas, en una palabra la de prescribir. Como se sabe, la propiedad de cualquier juicio de valor con base en el cual decidimos que cierta cosa (una acción, un objeto, un individuo, una formación social, etc.) es buena o mala, es la de externar una preferencia con el objeto de modificar el comportamiento ajeno en el sentido que nosotros deseamos.” (Bobbio, 1976)

El juicio político vendría a estar condicionado por la ganancia directa que satisface los intereses del que lo emite. Dependiendo de cuánto beneficie determinado sistema al que emite opiniones en torno al mismo, será el grado de convicción de que ese es el

sistema “correcto”; por lo tanto se mantiene el pensamiento de que “ha de predominar esa posición”.

Entonces: ¿Es posible que la subjetividad no forme parte de lo ideológico? Pensamos que es imposible. La política está enmarcada dentro del juicio de valor y no puede deslastrarse de esa cadena. De hecho si nos paseamos por la forma como los creadores de las distintas teorías políticas estructuran las ideas, desde el anarquismo de Bakunin hasta las tesis que defienden la economía de mercado asociándolo a una dimensión política, como por ejemplo A. Smith, el grado de seguridad con el cual plantean su visión de la realidad es tal, que suenan convincentes los extremos más radicales que pudiesen intentar abordar una teoría. Es el canto de sirena inherente a la actividad política, capaz de seducir y peor aun, persuadir.

En política es fácil caer en un paralelismo perfecto cuando se confrontan posiciones. Es difícil asumir que el otro puede tener un espacio, más cuando la presencia del espacio del otro, debilita la posición del que tiene ya determinada una visión del hecho político. Nada más parecido a una Torre de Babel que ver a dos políticos de posiciones ideológicas contrarias, debatiendo en torno al mismo tema.

Aceptemos que la política es, el gran instrumento para que se produzcan cambios en los pueblos. Son decisiones de carácter político las que modifican los programas de los textos escolares que contribuyen a la formación de los ciudadanos del presente y del futuro; y la conciencia crítica sólo se logra después de una larga trayectoria vivida por la muy golpeada clase media.

“Las doctrinas políticas parten de una pugna entre las fuerzas que quieren el cambio y las que se oponen al mismo. Se apoyan en posiciones filosóficas igualmente polarizadas, de las cuales una es pesimista y parte de la base de que el hombre no es bueno, de que no está manejado por impulsos nobles sino muy limitadamente y que suele ser arrastrado por sus codicias, pasiones y ambiciones. Esto está muy claramente definido por Maquiavelo en su extraordinaria obra “El Príncipe”, donde presenta el hombre en toda su plenitud de apetitos, de-

bilidades y pequeñeces, y traza una orientación política que aconseja conquistar y conservar el poder utilizando todas sus flaquezas humanas. Es lo que mucho después ha sido denominado "real política" y que ha servido para justificar muchos regímenes y para dirigir muchas acciones políticas." (Uslar, 1993)

Esta vendría a ser una visión sobre la política, basada en el hecho de que el hombre se conduce por estados psicológicos que prevalecen por encima de lo que pudiésemos considerar "racional", si por esto pretendemos entendemos "justo". Freudianamente el hecho político se explica como la actuación predominantemente de la psiquis humana en donde los elementos del ello (lo más primitivo de nuestra naturaleza) está por encima de cualquier otra dimensión psicológica. Para la sociobiología (rama de la etología que compara la conducta humana con la de los animales), es precisamente esa dimensión primitiva la que va a determinar potencialmente el hecho político. Los etólogos extrapolan conductas humanas y las comparan con las conductas animales. Señalan que la conducta social está determinada en gran medida por la herencia biológica del individuo. Quizá la territorialidad de una serpiente está más cercana al concepto de patria que tiene un ser humano de lo que podemos imaginar. La vida colectiva de las hormigas dividida en estratos y jerarquías, se asemeja mucho a algunas características de la vida social del hombre y paremos de contar. En definitiva, lo animal está determinado por algunos aspectos que establecen diferencias, como por ejemplo la fuerza física. En los seres humanos el poder del dinero vendría a sustituir en la mayoría de las circunstancias la supremacía de la fuerza física. Lo relevante es comprender que los hilos conductores del hecho político están en muchas ocasiones más cercanos a lo animal, que a lo que los grandes pensadores atribuyen a la potencialidad sublime de las capacidades cognoscitivas humanas.

"Otra concepción es la optimista, y es la que considera que el hombre es fundamentalmente bueno y virtuoso y que ha llegado a ser malo por accidente. Esta tesis podemos personificar-

la en la figura de Rousseau en su famoso libro "El Contrato Social", donde comienza con una extraordinaria afirmación: "Todos los hombres nacen libres e iguales y, sin embargo, en todas partes se encuentran encadenados". Si somos partidarios de las ideas de Maquiavelo tendríamos que propugnar un gobierno fuerte y tratar al hombre como un niño travieso. Si pensamos como Rousseau diríamos que mientras menos gobierno mejor, para darle al hombre la oportunidad de que florezca su bondad y virtud natural, torcida y destruida por la historia". (Uslar, 1993)

Es una contradicción interesantemente trágica la que plantea Rousseau ¿si somos libres e iguales cómo podemos estar encadenados? Por otra parte, la posibilidad de establecer un equilibrio entre libertad e igualdad, dos conceptos que prácticamente se rechazan por ser caras opuestas de una moneda, plantea la difícil tarea de que igualdad y libertad se tomen de la mano. Pues, mientras mayor sea el grado de igualdad, la libertad perderá peso y mientras mayor sea el grado de libertad las desigualdades se harán aún mayores.

"Una tercera opción podemos llamarla utópica. Consistiría en pensar que el hombre es una mezcla de buenas y malas condiciones, y que unas y otras puedan predominar según las circunstancias y hechos históricos, pero que es posible mejorar al hombre. Esto constituiría el prospecto de lo que pudiéramos llamar una "sociedad futura" en la que desaparecerían los males de la sociedad actual y se lograría vivir en un ambiente social ideal".(Uslar, 1993)

La contemporaneidad o postmodernismo, como suelen llamarlo múltiples autores, pareciera haber ubicado el término "utópico" dentro de una terminología que por no decir que es anacrónica, se le da una connotación de burlesca, ingenua o incluso peyorativa. Lo utópico, en el mundo contemporáneo, ha pasado a ser un término de valor histórico con escasa potencialidad práctica. A fin de cuentas, Santo To-

más Moro no pudo ser más preciso con la naturaleza del término: U-topía (no-lugar).

¿Ventajas de la globalización?

En un tiempo donde tener acceso a cualquier parte del mundo es simplemente cuestión de apretar un botón, todos pueden ver a todos. Demasiados intereses económicos se encuentran en juego en cualquier lugar de la tierra. Los hombres observan, juzgan y retiran sus intereses si lo que observan no les agrada. Mientras no afecte intereses económicos de las transnacionales, seguirán surgiendo “personajes” políticos y sus respectivos cultos atávicos.

En la historia de la humanidad han surgido múltiples políticos. Algunos preparados intelectualmente, estudiosos, conocedores de múltiples disciplinas como por ejemplo historia, economía, filosofía, psicología... y han tenido un pésimo desempeño como políticos. Otros, en cambio, ajenos a una formación intelectual, se han destacado de manera relevante como grandes estadistas. En un mundo globalizado, donde circula tanta y tan contradictoria información, pareciera que el político cultivado pasa a ser más un hecho curioso que una realidad contundente. Vale mucho más la imagen que las ideas. Da más votos los latiguillos propios de la dinámica politiquera que las teorías elaboradas. Es el tiempo del dominio del lente de la cámara, el cual cada vez se hace más fuerte. La consolidación de lo insulso pareciera ser un signo de estos tiempos. Las ideas de Maquiavelo

parecieran estar más vigentes que nunca. Su pensamiento ha adquirido una gran supremacía, la contemporaneidad reivindica las ideas del político italiano.

Conclusión

¿Es posible una democracia que funcione?

En países pobres, con poblaciones de escaso grado de preparación (instrucción y formación); y desarrollo desmedido de “pensamiento mágico” en torno a las figuras de poder, sin duda que la posibilidad de una democracia que funcione depende directamente del grado de responsabilidad con el cual los políticos asuman sus funciones públicas. A fin de cuentas el político “vende su imagen” en relación a los valores que el pueblo proyecte y deposite en él.

Pensar en la posibilidad de que existan políticos medianamente responsables, es reconfortante. Pero el riesgo de que no asuman su justa dimensión, se encuentra siempre presente, con los peligros que ello conlleva.

Quizá el tiempo haga su efecto y la experiencia sirva de algo. La creación de una conciencia colectiva podría desarrollarse lentamente, con la presencia de un intérprete o grupo de intérpretes que canalicen la conciencia de su tiempo, de su generación. Siempre cabe la posibilidad de ser optimistas. Sin embargo la posición de Nietzsche exacerbaría nuestra aflicción: “La esperanza es el peor de los males, porque prolonga los sufrimientos del hombre”.

Referencias bibliográficas

- BOBBIO, N. (1976), *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político*. Fondo de Cultura Económica. Bogotá, Colombia.
- CRAIG, G. (2001), *Desarrollo Psicológico*. Pearson Educación. 8ª Edición. Naucalpan de Juárez, México.
- ENCICLOPEDIA SALVAT DICCIONARIO (1976), Tomo 8. Salvat Editores. Barcelona, España.
- ESQUENAZI, M. (1988), USLAR PIETRI: *Muchos Hombres en un solo Nombre*. Caralex. Caracas, Venezuela.
- JÁUREGUI, R. (2001), *EDUCERE. La Revista Venezolana de Educación*. 5 (13), pp. 45-48. Universidad de Los Andes. Mérida, Venezuela.
- MAQUIAVELO, N. (1946), *El Príncipe*. Espasa-Calpe. 6ª Edición. Buenos Aires, Argentina.
- MAQUIAVELO, N. (1989), *El Príncipe*. La Mandrágora. Cátedra. 2ª Edición. Madrid, España.
- ROUSSEAU, J. (1979), *El Contrato Social*. Linotipo. Bogotá, Colombia.
- USLAR BRAUN, A. (1991), *Hasta cien hombres*. Monte Ávila Editores. 2ª Edición. Caracas, Venezuela.
- USLAR PIETRI, A. (1993), *Valores Humanos*. Tomos I y II. Monte Ávila Editores Latinoamericana. Caracas, Venezuela.